
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Los Misterios de la vida de Cristo
<i>Michel Dupuy</i>	5	Los Misterios de Jesús
<i>Christian Schütz</i>	15	Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe
<i>Martín Bieler</i>	27	Los Misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz
<i>Charles Perrot</i>	41	Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret
<i>Régis Burnet</i>	55	Una visión radical del Jesús histórico, el <i>Jesus Seminar</i>
<i>Lucio Florio</i>	61	Rostro de Cristo y caras humanas
<i>Anita Bertoldi</i>	75	Ferdinand Ebner, Filósofo del Encuentro. <i>El cuerpo "verbal" y la dirección del encuentro</i>
<i>Carlos Hoevel</i>	83	Antonio Rosmini: un filósofo para el siglo XX

Los Misterios de Jesús

*Michel Dupuy**

Aproximación histórica y conocimiento familiar

El día de Pentecostés, Pedro recuerda a la multitud Aquél de quien ya oyeron hablar, “Jesús de Nazareth, ese hombre que Dios acreditó por medio de milagros y de signos” (*Hech 2,22*). Así conocemos la fama de aquellos cuyas hazañas los han hecho ilustres o bien a quienes tienen importantes y decisivas responsabilidades en nuestra existencia.

De otra manera se conoce a los parientes, al esposo, a la esposa, a los hijos, a los más cercanos: en la vida en común, en el diálogo, viéndolos crecer, fijándose en sus reacciones, uno aprende aquello que la notoriedad no dice. Y el afecto por ellos da una especie de antenas para percibir y adivinar lo que no explicitan. Tal descubrimiento del otro está inscripto en la temporalidad. Cambiamos poco a poco la mirada, mientras el otro, a quien aprendemos a conocer mejor, también evoluciona: el joven ya no es el niño y el adulto, a quien la experiencia ha remodelado, no es ya del todo el joven que le ha precedido. El psicoanálisis busca discernir con agudeza el

* Michel Dupuy nació en 1924, es sacerdote en Saint-Sulpice. Especialista en la espiritualidad de Pierre de Bérulle. Es el responsable de la edición de *Oeuvres Complètes* del fundador de los Oratorianos y autor del reciente *Christ de Bérulle*, col. “Jésus et Jésus-Christ”, n° 83, Desclée, Paris, 2001.

origen de las fibras que constituyen el tejido complejo de la personalidad. Pero por más penetrante que sea, cada uno guarda su propio misterio: en la medida en que sigue siendo libre, continúa siendo imprevisible.

Desde los primeros tiempos, el pensamiento cristiano ha nombrado y calificado a Jesús publicando sus grandes acciones, los milagros de los cuales habla Pedro y sobre todo su obra de salvación: Jesús es el Salvador. ¿No podemos descubrir también a Jesús de la misma manera con la que aprendemos a conocer a los que están más próximos, sin limitarnos a sus proezas? Muchos lo han deseado y las palabras de Pablo han nutrido su esperanza: "Pues yo conoceré como he sido conocido" (*1 Corintios 13,22*).

Seamos realistas. ¿Como podemos hacer posible esto aquí en la tierra? Conocemos a Jesús esencialmente gracias a los evangelios que nos traen sus enseñanzas y gestos en diversas circunstancias.

Jesús instruyó a las gentes durante horas enteras. Pero las palabras que nos han sido conservadas literalmente de El son pocas. La mayoría de las veces no disponemos sino de traducciones, que además los evangelistas han retomado a su manera. Y estos textos no nos traen evidentemente todo lo que Jesús dijo. No nos sorprendamos de ello. Pensemos en tal o cual persona con la que hayamos vivido y tratemos de poner por escrito las palabras que hemos retenido de ellas: sin duda algunas expresiones menos banales y ciertas expresiones particularmente bien escogidas nos vendrán a la mente. No llenaríamos con ellas páginas y páginas. No serían más que un resto ínfimo de aquello que habíamos oído día tras día. Jesús comparte la condición humana y en una gran medida su oscuridad. La mayor parte de sus hechos y gestos se nos escapan y las palabras que no fueron apuntadas por su entorno han desaparecido en el olvido. En cuanto a aquéllas de las que hemos conservado el contenido no registran su acento personal, el calor y la emoción que habrán hecho seguramente más impresión que las palabras mismas. Ahora, lo que los evangelistas nos entregan, mucho más que los sentimientos

de Jesús, es su propio entusiasmo o al contrario, su inquietud frente a la falta de fe: son su propia certeza y su alegría que no son sino un reflejo atenuado de las de Jesús.

De nuestros difuntos nos acordamos, más que de sus palabras, de lo que hemos vivido con ellos. A veces, tal o cual momento preciso permaneció inolvidable sin que por eso podamos fecharlo con exactitud o situarlo respecto de otros momentos. Más de una vez en los evangelios las referencias temporales no están indicadas. Por lo tanto es necesario resignarnos a ciertos límites de nuestro conocimiento de Jesús.

Querer conocer a Jesús

Muchos han suplido esta falta de datos recurriendo a la imaginación. ¿Y cómo hacerlo de otra manera al querer representar el pesebre, por ejemplo? No hay fotografías de la época. No sabemos casi nada del estado de los lugares, ni siquiera de los rasgos y las vestimentas que corresponderían a María y a José. Las reproducciones antiguas ¿nos darían alguna idea? No, pues los judíos, cuidadosos de la prohibición de no hacer imágenes, no recurrían nunca al arte figurativo y por lo tanto los artistas no satisfacen nuestra curiosidad. Ahora, si Dios nos ha dado la imaginación ¿por qué no usarla? Nuestro imaginario es parte personal nuestra. Nos ayuda a pensar en nuestros amigos a quienes no vemos. ¿Por qué no movilizarlo, sin hacernos ilusión por ello de su valor documental? Edifiquemos un pesebre según nuestra mentalidad y acerquémonos con amor y respeto a la cuna improvisada.

Otros, alérgicos a lo que es convencional, se niegan, con un deseo de rigor y de verdad, a las reconstrucciones problemáticas. Algunos han preferido distinguir radicalmente entre el Jesús histórico y el Jesús de la fe. Entre ellos, algunos se refugian para tomar partido en nuestra ignorancia histórica. Poco les importa lo que Jesús hizo

a los ojos de sus contemporáneos. No les interesa sino lo que es Jesús para nosotros, hoy. Por lo tanto, ¿por qué vestir a María y a José con las vestiduras largas que se quieren de época, pero que seguramente arrastraban por todas partes y debían ser incómodas? Vistámoslos como nos vestimos hoy en día,... respetando siempre la decencia y teniendo en cuenta su parquedad de medios.

Sin embargo, si amamos a Dios, no seremos hipnotizados por lo que nos concierne a nosotros mismos y atentos solamente a nuestro tiempo. Seremos en primer lugar curiosos de lo que le concierne a él. Y nada de lo que él vivió nos será indiferente. No nos cansamos de descubrir el pasado de aquellos a los que estamos ligados.

Hoy, El sigue estando vivo. Y es laudable evocar con El su pasado. Muchas veces les pasa a los amigos y sobre todo a los esposos, el recordar juntos lo que vivieron en común, los primeros encuentros, ciertos acontecimientos que parecerían menores pero cuyas consecuencias fueron incalculables, las emociones por las que pasaron, los sufrimientos que felizmente superaron. Así, aprendemos a conocernos y a amarnos mejor, sea cual fuere el misterio que permanece en el otro, por el hecho mismo que es otro u otra. Lo mismo pasa con Jesús.

Misterio: una palabra ambigua por sí misma

Si esquematizamos, vemos que el catecismo ha hablado hace poco de tres misterios principales de la religión cristiana, la Trinidad, la Encarnación y la Redención. Esto significa pensar en Jesús trayendo a la memoria las grandes acciones que hicieron de él el Salvador. Pero, sobre todo a partir del siglo XVI, la palabra misterio se ha referido a otros actos de Jesús distintos de la Encarnación y la Redención. Los *Ejercicios* ignacianos llaman "misterio" a cada escena evangélica ofrecida a la contemplación. En el siglo XVII, Pascal

menciona “el último misterio de la Pasión y la Redención”¹. Por lo tanto se puede hablar de varios misterios de Jesús para evocar lo que los textos evangélicos nos permiten descubrir acerca de este tema.

No podemos aventurarnos más lejos sin ponernos en guardia frente a un posible contrasentido. En francés moderno se llama *misterioso* aquello que no se puede aclarar y que permanece incomprendido. La palabra *misterio* designa lo desconocido. Pero no pasa lo mismo en el lenguaje religioso. En las “religiones de misterios”, el misterio es lo que muchos ignoran, pero que una iniciación hace conocer a aquél que la sigue. Es en este sentido más rico que Ignacio y Pascal empleen la palabra misterio para designar los diversos hechos y gestos de Jesús, que en un principio incomprendidos, se revelan cargados de sentido para los creyentes: a través de ellos, Jesús se da a conocer y se hace amar por quien los medita. Un copista puso como título “misterio de Jesús” a la página donde Pascal recrea una experiencia de iluminación espiritual y de alegría². A principios de ese siglo XVII, entre Ignacio y Pascal, Pierre de Bérulle hizo mucho por precisar la noción de los misterios de Jesús.

Aunque sepamos mucho sobre ellos, cada uno de nuestros semejantes permanece misterioso para nosotros por el simple hecho de su inteligencia y su libertad, del mismo modo que es otro que nosotros. De la misma manera, los hechos y gestos de Jesús no son llamados misterios principalmente en razón de las dificultades que se oponen a las investigaciones de los historiadores, sino principalmente en razón de la personalidad de Jesús, la cual es eminentemente un misterio por el hecho de su divinidad. Sin embargo esto no significa que los misterios de Jesús sean sólo oscuridades. Aquello que entonces parecía escondido puede ser progresivamente develado, las zonas de luz hacen penetrar más y más, al mismo tiempo que otras profundidades se entreabren a la reflexión. Guardemos para la pala-

¹ *Pensées*, Br 552.

² *Ibid.*, Br 553.

bra misterio su sentido religioso: un campo ilimitado de descubrimientos para aquél que desea dejarse instruir en él y afronta el riesgo.

Pasado, presente, futuro de los misterios de Jesús

Jesús vino al mundo en el curso del tiempo: puede darse una fecha para su nacimiento. Y sin embargo, antes de que Abraham existiera, El es (*Juan 8,58*) ¿Cómo conciliar estas dos cualidades, ser en el tiempo y ser eterno? La respuesta no es la misma según los misterios que escrutamos.

Algunos misterios de Jesús son estados que han comenzado y duran desde siempre. Así de una manera esencial la encarnación y la resurrección. Al venir al mundo, el Hijo se revistió de la naturaleza humana para ya no dejarla más. Jesús creció, los años pasaron y murió siendo siempre un hombre, ya sea en condición de niño, de adulto o de difunto. De esta manera, la alianza hecha por Dios con la humanidad permanece para siempre. No debemos considerar la encarnación solamente como un hecho del pasado. Hoy como ayer, mantiene la naturaleza humana unida a Dios. Es nuestra alegría y nuestro orgullo, hoy como ayer.

La resurrección de Jesús inaugura para El un estado nuevo que no pasa. Después del amanecer de Pascua, Jesús está vivo, en la gloria. En su naturaleza humana El se cuenta entre los vivientes. Esto es lo que justifica el que nos dirijamos a El, no solamente como Dios, sino como a nuestro semejante, como a alguien que habla un lenguaje humano, que comparte con nosotros el modo humano de pensar y que sigue siendo nuestro contemporáneo. Nuestras oraciones litúrgicas se dirigen ordinariamente a Dios Padre, por Jesús. ¿Esto quiere decir solamente que nosotros descartamos que Jesús va a apoyar nuestra demanda, El a quien el Padre escucha siempre? Sí, pero de un modo más profundo, la fórmula “por Jesús” recuerda que Jesús piensa a la vez de modo humano y de modo divino, participa

de nuestra manera de concebir las cosas y comparte también la vida divina.

Es decir que no vamos a considerar al encarnación y la redención principalmente como dos acontecimientos del pasado. Debemos ver en ellos también las realidades presentes. En este sentido, aquellos que quieren festejar Navidad como un hecho del presente están fundamentados en la realidad. Poco importa que se vista a los personajes de tal o cual manera. No sabemos cuál es la vestimenta de los elegidos.

Y aquellos que representan al Niño Jesús con ojos oblicuos, nariz chata o tez negra no están equivocados si quieren expresar que en El, Dios ha concertado alianza, no solamente con una familia viva hace dos mil años, sino con la naturaleza humana, la humanidad de todos los tiempos por variada que ella sea.

Otros misterios de Jesús no han durado más que un tiempo. Sólo su eficacia perdura de manera permanente. Así, sea lo que fuere que haya dicho Pascal³, no es exacto que Jesús esté en agonía hasta el fin del mundo, felizmente. Pero aquello que Jesús adquirió para nosotros en su Pasión permanece. Su gracia nos es siempre propuesta; los “méritos” que El ha adquirido nos son ofrecidos. Jesús no está más en agonía. Pero su agonía lleva siempre fruto y Pascal tiene razón al hacerle decir: “Pensé en ti en mi agonía. Derramé esas gotas de sangre por ti⁴.”

Lo que permanece no son sólo los méritos adquiridos por Jesús, es también la posibilidad de conocerlo más. Sin su Pasión, ¿sabríamos nosotros hasta qué punto el buen Pastor ama a sus ovejas? Cada misterio de Jesús puede ser meditado de esta manera. Así Jesús ve llegar al pozo de Jacob a la mujer samaritana. En sí, este acontecimiento pertenece al pasado, a un pasado cumplido. Pero lo que nos enseña acerca del corazón de Jesús es válido para siempre.

³ *Pensées*, Br 553.

⁴ *Ibid.*

Su mirada penetra incluso los pensamientos más secretos. Si El supo cómo fue la vida de esta mujer, sabe también cómo es la nuestra. Si la samaritana estaba lejos de desear el agua viva, Jesús la capta en su universo mental, la transforma y purifica. Así Jesús nos hace conocer su corazón y nos dice cómo es El todavía.

Vayamos más lejos. Se puede definir la naturaleza humana de manera abstracta, diciendo, por ejemplo, que el hombre es un ser vivo racional y libre. Se puede decir también de manera más concreta que la vida interior del hombre es un tejido de recuerdos más o menos asimilados, de experiencias adquiridas, de deseos y de decisiones libres. ¿Cómo recuerda Jesús su Pasión? Ella no es del género de lo que se puede olvidar. Pero uno puede acordarse de haber sufrido atrocemente sin que un recuerdo tal sea por sí mismo doloroso. La mujer que trajo al mundo un niño no se acuerda más de su dolor, con la alegría de que un ser humano ha nacido (*Juan 16,21*). Evocar los misterios pasados de Jesús, es alcanzar el pensamiento de que Jesús, ahora en la gloria, los ha guardado y la esperanza de que en su naturaleza humana continúa viviendo.

Del tiempo a la eternidad

Decir esto, es quedarse todavía en la superficie, quedarse en la naturaleza humana de Jesús. Si nos quedamos aquí, pasaremos al costado –o debajo– de lo esencial en el conocimiento de los misterios de Jesús y en el conocimiento de Jesús mismo. Sea lo que diga, sea lo que haga, El es el Hijo de Dios y esto da a nuestra mirada sobre sus misterios otra profundidad. Al mismo tiempo que a Jesús, ellos nos hacen ver al Padre como osa decir el cuarto evangelio: “El que me ve, ve al Padre” (*Juan 14,9*). No sólo es un pastor profundamente humano que ama a sus ovejas, también lo es el Padre: “El Padre mismo os ama” (*Juan 16,26*). Los misterios de Jesús nos proponen una especie de vía de conocimiento de Dios, conocimiento que al mismo tiempo nos ilumina y nos entreabre abismos insondables.

Así, los distintos misterios de Jesús desgranar el misterio fundamental de la Encarnación. La Encarnación los une. En la oración se puede pasar de uno al otro. Si nos referimos a tal o cual momento de la vida de Jesús, es en Jesús vivo hoy que nos dirigimos al Padre. Celebramos Navidad con una misa solemne, pasando del misterio del nacimiento al de la institución de la Eucaristía. Una de las oraciones del Viernes Santo menciona la resurrección. No hay anacronismo en esto: es Jesús mismo que está presente, Jesús que se acuerda tanto de la cena como de su resurrección. Y si los fieles ponen más atención en un determinado misterio de Jesús que en otro, poco importa desde el momento en que se refieren a Jesús mismo. Es así que en la Iglesia hay tanto religiosas del Niño Jesús como de Nuestra Señora del Calvario, predicadores como pasionistas y tantos más.

Los actos de Jesús que no inauguran un nuevo estado como lo hacen su venida al mundo y su resurrección, que han sido únicos, reciben también, en razón de la Encarnación, un significado particular. San Pablo nos dice que todo lo que está escrito, es para nuestra instrucción (*Romanos 15,4*). Para cada uno de nosotros el instante que pasa tiene un valor único, porque es el lugar de nuestra libertad, mientras que el pasado no está más en nuestro poder. Y de este instante y de la elección que hagamos en él puede depender nuestra eternidad. De la misma manera cada acto y cada gesto de Jesús ha sido, de alguna manera, único y decisivo para la eternidad. Pero en Jesús hay mucho más. En él se refleja de manera especial aquél que es el Único. “Escucha Israel: el Señor tu Dios es el único Señor” (*Deuteronomio 6,4*).

Ahora los límites del conocimiento por medio de la historia no importan más. Un campo ilimitado se ofrece a la contemplación.